

Mesoamericanos en la Bahía de Culebra, noroeste de Costa Rica ¹

Felipe Solís Del Vecchio ²

Anayensy Herrera Villalobos ³

Recibido: 02-07-2010 / Aceptado: 25-02-2011

Resumen

Investigaciones arqueológicas en el sitio Jícara, noroeste de Costa Rica, permiten reconocer una comunidad donde viven individuos con características físicas y costumbres que los relacionan con los inmigrantes mesoamericanos documentados en el siglo XVI. Los indicios pueden ser considerados como indicadores para contrastar la información de la Bahía de Culebra y tener una mejor comprensión de la dinámica sociocultural en la costa norte de Guanacaste.

Palabras claves: Guanacaste, Chorotegas, Migración, Identidad, Dinámica sociocultural.

Abstract

Archaeological research carried out at the Jícara site located in NW Costa Rica by a population whose sociocultural practices and physical characteristics ties it to the Mesoamerican migrants mentioned in the XVI century. The findings are compared to others at the Bay of Culebra in order to discuss changes wrought by the Mesoamerican immigrants as well as continuities product of interaction among populations of different historical identities.

Key words: Guanacaste, Chorotegas, Migration, Identity, Interaction.

¹ Este artículo con algunas variaciones, se deriva de una ponencia preparada para la reunión 75 de la Sociedad Americana de Arqueología (abril 14-18, 2010), dentro del simposio electrónico "Looking back, looking forward: seventy-five years of archaeology in Pacific Central America".

² Costarricense. Arqueólogo. Instituto Costarricense de Electricidad. Correo electrónico: aalasa@gmail.com

³ Costarricense. Arqueóloga. Instituto Costarricense de Electricidad. Correo electrónico: anayensyherrera@gmail.com

Introducción

El taller realizado en Cuajiniquil, en 1993, permitió a los investigadores, quienes habían trabajado hasta entonces en la Gran Nicoya, plantear una nueva periodización para la región. El Período Sapoá definido a partir del año 800 d.C. y hasta el 1350 d.C. correspondía a la llegada de los grupos chorotegas a la región (Vázquez y otros, 1994). Siguiendo esta idea se planteó como hipótesis de trabajo que existió un proceso de asimilación cultural de parte de los grupos inmigrantes sobre los locales, con cierto grado de sincretismo al principio y según la zona. Se propuso entonces que estudios futuros deberían orientarse para verificar si había combinación de atributos culturales (Vázquez y otros, 1994).

Salgado y Vázquez (2006), en su análisis de la Gran Nicoya durante el postclásico, plantearon que durante el Período Sapoá las sociedades fueron multiétnicas y estaban formadas tanto por grupos nativos como por mesoamericanos. Además observaron que una serie de rasgos dividían los sectores norte y sur, contribuyendo así con el arribo, en parte, de los chorotegas y tal vez de otros grupos mesoamericanos con la mayor complejidad social.

Los indicadores arqueológicos observados, hasta ahora, no han permitido relacionar ningún sitio o zona con ningún grupo étnico en particular, ni plantear aún “sincretismos” ni hibridación cultural. Las crónicas del siglo XVI han orientado a los investigadores para analizar los hallazgos arqueológicos, pero el registro arqueológico plantea nuevos cuestionamientos (McCafferty, Steinbrenner y Fernández, 2006).

Los hallazgos arqueológicos recuperados durante los últimos sesenta años en la Bahía de Culebra, en la costa norte de Guanacaste, documentan el aprovechamiento de los recursos costero marinos y los cambios sociales asociados a un incremento y diversidad de los usos de esos recursos. Las transformaciones socioculturales, en este caso, se relacionan directamente con la presencia de objetos e imágenes de clara afiliación mesoamericana, que han sido usados como elementos para discutir la participación de estas poblaciones en el comercio regional (Lange, 1984).

Los hallazgos recientes en el sitio Jícaro y en otros sitios de la Bahía de Culebra permiten, en la actualidad, aportar a la discusión sobre la inserción mesoamericana en la costa del Pacífico de América Central, a partir de indicios que sugieren la presencia física de individuos migrantes. El estudio de estos indicios permitirá conocer cuándo llegaron y cómo se insertaron en las costas de Guanacaste, particularmente en la Bahía de Culebra, gentes procedentes de Mesoamérica. Los resultados que se exponen aquí se derivan de las investigaciones realizadas en los últimos años, las cuales han sido auspiciadas por la Empresa Ecodesarrollo Papagayo S.A., una de las concesionarias dentro del proyecto Polo Turístico Golfo de Papagayo que se desarrolla en la Bahía de Culebra.

El contexto

La Bahía de Culebra está localizada en la costa noroeste de Costa Rica, sector sur de la Gran Nicoya, dentro del denominado Golfo de Papagayo. Esta bahía es un espacio que comprende las penínsulas de Nacascolo y Papagayo y las tierras circundantes que la rodean en la parte Sur y Este. Propiamente la bahía tiene una extensión de 7 kilómetros de fondo y entre 3 y 4 kilómetros de ancho con una costa llena de estuarios, manglares, playas y acantilados. Los terrenos adyacentes contienen importantes valles costeros, terrazas y mesetas.

A la fecha se conocen cerca de sesenta sitios arqueológicos, localizados en los distintos espacios geomorfológicos que rodean la bahía,

Figura 1
Ubicación del sitio Jícaro en la Bahía de Culebra



Fuente: Hoja Cartográfica Carrillo Norte, escala 1:50000 IGNCR. Modificación de los autores

los cuales relatan una historia de ocupación humana precolombina de aproximadamente 2,000 años. Los valles costeros ofrecían suelos fértiles, pero difíciles de trabajar, así como fuentes de agua dulce, aunque escasas durante la temporada seca, en las cercanías a la costa lo cual facilitaba el aprovechamiento de gran variedad de recursos.

Los datos recuperados hasta la fecha muestran que los primeros pobladores de la Bahía de Culebra se asentaron en valles y terrazas, cuyos suelos eran aptos para mantener cultivos (Lange, 1980; Lange, Ryder y Accola, 1986; Vázquez, 1986), también es posible que desde su llegada, hacia el siglo V antes de nuestra era, aprovecharan los abundantes recursos marinos y costeros, tal y como lo sugieren los indicios en el sitio Manzanillo (Herrera y Solís, 2008). Sin embargo, no hay contundencia acerca de cuál actividad de subsistencia fue la base de la sobrevivencia para esos primeros pobladores.

Alrededor del siglo III de nuestra era se reportan dos hallazgos sobresalientes. El primero es el uso de conchas no identificadas como ofrendas funerarias en el sitio Loma Corral (Guerrero, 2007). El segundo, es un puñado de conchas de bivalvos asociado con restos de vértebras de pescado y dientes de tiburón *Cacharhinidae*, esparcidas en un área doméstica del sitio Manzanillo, esto ratifica la pesca y recolección de especies de la costa y el mar (Solís y Herrera, 2005). Si bien, ambos descubrimientos permiten confirmar el consumo y uso de los moluscos, también demuestran las primeras acciones por trasladar los moluscos desde su hábitat hasta los sitios de habitación humana (Herrera y Solís, 2007b).

El hallazgo en el contexto doméstico sugiere, sobre el consumo alimenticio de moluscos, que muy probablemente la práctica más común hasta entonces habría sido recolectar, extraer y desechar las conchas en sus propios hábitats, razón por la cual no se encuentran indicios materiales en los sitios arqueológicos.

Los pobladores del sitio Nacascolo, a partir del siglo VI, comenzaron a llevar hasta sus casas los moluscos recolectados con todo y sus conchas (Gutiérrez, 1993; Solís y Herrera, 2005). Allí, luego de extraer la carne, las conchas empezaron a desecharse y a acumularse inicialmente en pequeños montones y con el transcurso del tiempo llegaron a alcanzar dimensiones de hasta 25 por 40 metros sobre la superficie actual del terreno. La gran mayoría de las conchas en los concheros están sin quebrar, por eso los

investigadores han propuesto que se empleó la técnica del sancocho o hervido para extraer los moluscos (Vázquez, 1986; Gutiérrez, 1993; Herrera, 2005). Este cambio en el registro arqueológico plantea una importante interrogante sobre la forma en cómo se fueron transformando las tecnologías. La idea de llevar los moluscos hasta las zonas habitacionales para hervirlos, ¿fue producto de la experimentación y aprendizaje de la propia población? O ¿fue un conocimiento adquirido mediante la difusión o la migración?

Parece lógico y natural suponer que en el transcurso de cientos de años en la zona, la población original experimentara con nuevas formas de aprovechamiento. La acumulación de conocimiento sobre su entorno y sobre los recursos existentes habría facilitado la implementación de nuevas estrategias productivas, como es el caso de la extracción y procesamiento de sal marina en los manglares de Iguanita, Palmares y Panamá, ubicados en la misma Bahía de Culebra donde se nota, para la misma época, la acumulación de montículos de arena y tiosos de moldes de cerámica propios de la producción de bloques de sal hervida (Bonilla y Calvo, 1990).

La Bahía de Culebra, alrededor del siglo VI, experimentó un aumento demográfico paulatino, lo cual se puede apreciar en la extensión del área de los sitios existentes (Lange, Accola y Ryder, 1980; Lange, 1984; Solís, 1998; Solís y Herrera, 2005). Algunos de estos sitios concentraron mayor actividad humana, tal es el caso de Nacascolo y Vidor, y a la vez sus pobladores consumieron artículos suntuarios, muchos provenientes del comercio a larga distancia con México y el norte de América Central (Lange, 1984; Stone, 1977, 1985).

Una distinción clara existió, en este momento, entre los espacios habitacionales y funerarios, los cuales a pesar de la cercanía con las casas estaban claramente definidos como espacios de enterramientos; el uso de piedras para delimitar estas áreas era común. El patrón de colocación de los cuerpos de los muertos era también muy claro, pues normalmente los colocaban en posición flexionada.

Un incremento poblacional, en algún momento entre los siglos IX y X, se nota por el tamaño y el número de los sitios. Este incremento está asociado a la introducción de nuevas tecnologías en la manufactura de herramientas y adornos sobre materias primas

locales (Kerbis, 1980; Solís y Herrera, 2006; Herrera y Solís, 2008a), así como los cambios en el patrón de enterramientos (Hardy, 1992; Baudez *et ál.*, 1992), por la presencia de ciertos individuos que tienen deformación craneal y limadura dental (Wallace y Accola, 1980; Obando, 1998; Solís y Herrera, 2006 y 2009). Además del advenimiento de nuevas cerámicas policromadas con nuevas tecnologías de manufactura y motivos iconográficos mesoamericanos, así como por la aparición y el crecimiento de concheros en todos los sitios arqueológicos.

Las mesetas dispuestas en las partes más altas de las tierras, las cuales enmarcaban la bahía y que presentaban una escasa formación de suelos, así como los valles costeros estrechos que anteriormente se habían mantenido desocupados recibieron en ese momento gentes que realizaban actividades de extracción de alimentos (Vázquez, 1986). También procesos de trabajo especializados encaminados a obtener bienes novedosos, tanto por su tecnología como por los estilos que ofrecían (Herrera y Solís, 2008a-b).

La información recuperada en Jícaro indica que, al menos en este valle, las personas que ocuparon ese lugar mostraban indicios físicos que permiten relacionarlos con prácticas de modificación del cuerpo identificadas en Mesoamérica. Los datos sirven para indicar la presencia física de los migrantes antes reconocidos sólo por los cambios en los patrones alimenticios y funerarios, además permiten comprender un poco mejor cómo se dio el proceso de inserción de estas comunidades mesoamericanas en la Bahía de Culebra y cuáles pueden ser los indicadores arqueológicos para identificar a estas poblaciones.

La comunidad/sitio Jícaro

El sitio Jícaro está ubicado en un pequeño valle costero en la Península de Nacascolo, el sitio se emplazó en un área de forma más bien alargada de unos 300 metros de longitud en dirección Norte-Sur por 130 metros en dirección Este-Oeste. Los límites naturales del valle son al Este la Bahía de Culebra, al Norte, Oeste y Sur las pronunciadas laderas que bajan abruptamente desde la meseta superior (Fig.1). Algunas zonas con laderas presentan cortes prácticamente verticales, mientras que existe un par de zonas no tan escarpadas, éstas permiten el acceso al sitio desde la meseta superior o viceversa, aunque el acceso por mar es el más fácil.

Una duna de arena separa la línea de mareas de la tierra firme, desde ahí el valle presenta un terreno plano de entre 40 y 50 m. de ancho hacia el Oeste y luego algunas zonas con pendientes leves, las cuales rápidamente dan paso a las laderas de fuerte pendiente que confinan el valle. Conforme se avanza hacia el Norte o hacia el Sur, las laderas se van acercando a la línea de costa y el vallecito se reduce rápidamente hasta desaparecer (Fig.1). Algunas estribaciones pequeñas avanzan sobre el valle en los sectores centrales, provocando elevaciones de entre 10 y 20 metros. Dichas estribaciones presentan afloramientos rocosos y cascajo con escasa formación del suelo.

Una sucesión de pequeñas ondulaciones apreciables en el valle corresponden con alteraciones del terreno producidas por la ocupación humana en el sitio y la mayor parte son producto de la acumulación caótica de restos de materiales (tiestos, conchas, desechos orgánicos, fauna, etc.), estos conforman los concheros del sitio. Un total de dieciocho fechamientos absolutos, mediante el fechado de carbón vegetal y colágeno de hueso se implementaron durante los trabajos en el sitio, los resultados obtenidos se presentan en la Tabla 1.

Aunque la mayoría de los contextos se encuentran en el rango temporal del 1000 al 1300 d.C., existen fechamientos un poco más tardíos y otros un poco más tempranos. De acuerdo con los resultados se puede proponer que el valle de Jícaro, pudo ser visitado eventualmente durante las Fases Mata de Uva y Culebra, según la secuencia cultural propuesta (Lange, Accola y Ryder, 1980). No se puede aseverar la frecuencia de estas visitas, pues que casi no hay vestigios. El dato, hasta ahora, más contundente de esta presencia humana temprana parece ser un horno de cocción cerámica (Solís y Herrera, 2008), aún cuando no se puede descartar que exista una contaminación.

Cerca del año 1000 d.C., el valle de Jícaro, recibe viajeros quienes se instalan de manera permanente y desarrollan allí distintos procesos de trabajo; la población permaneció al menos tres siglos, quizá cuatro. Las prácticas y el aspecto de sus pobladores son clave en la discusión de la inserción mesoamericana en la Bahía de Culebra en particular y de la Gran Nicoya, en general.

Los indicios arqueológicos en el sitio Jícaro respaldan la idea de que sus pobladores realizaron trabajos encaminados a la extracción, procesamiento y producción de

diversos productos alimenticios, herramientas de trabajo y adornos sobre moluscos y peces, así como sobre otros recursos costeros y terrestres. Las tecnologías usadas son novedosas en el contexto de la Bahía de Culebra, tal es el caso de las herramientas y adornos sobre conchas.

Tabla 1
Fechamientos de C14 para el sitio Jícara

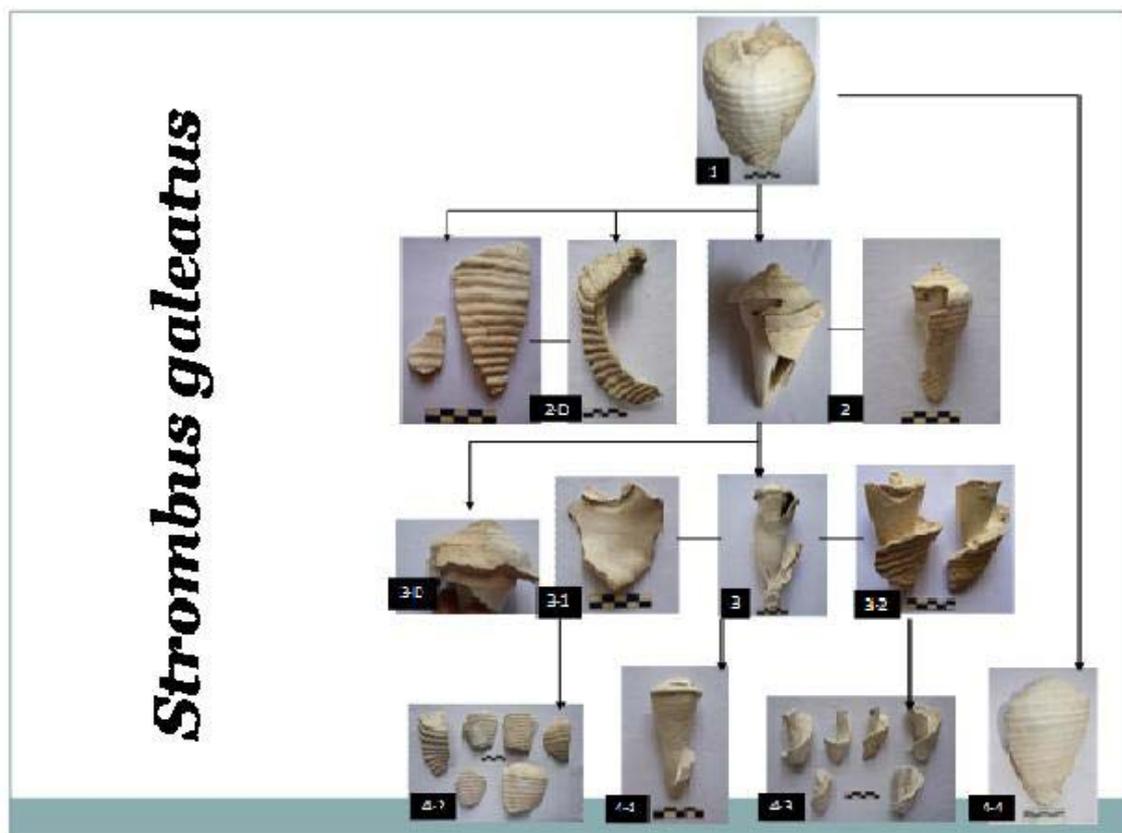
| No. laboratorio | Op. | Ent. | Ind. | Otro | Observaciones | Cerámica asociada | Edad radiocarbónica convencional | Fecha calibrada de intersección | Rango 1 sigma calibrado | Rango 2 sigma calibrado | Técnica |
|-----------------|-----|------|------|------|---|--|----------------------------------|---------------------------------|--------------------------|---------------------------|-------------|
| 214356 | 2 | | | RC1 | conchas sobre Ent. 3 | Murillo Negra, Zayas, Monocromo, Jicote, Cáceres, Cervantes, Madeira, Vallejo, Guillén | 840 ± 50 a.p. | 1210 | 1170-1260 d.C. | 1040- 1280 d.C. | AMS |
| 214357 | 3 | 5 | 1 | | sobre vértebras | Papagayo Pica, Castillo, Mora Cinta, Cabuyal, Murillo, Guillén | 910 ± 40 a.p. | 1160 | 1040-1180 d.C. | 1020- 1220 d.C. | AMS |
| 214358 | 3 | | | H1 | asociada a ceniza sobre la hornilla | Mora Cinta y Mora, Papagayo, Cervantes, Cabuyal, Pataky y Vallejo | 1010 ± 50 a.p. | 1020 | 990-1030 d.C. | 960- 1160 d.C. | Radiometría |
| 214359 | 4 | | | C11 | inicio de la formación del Conchero | Papagayo, Cabuyal, Vallejo Monbacho*, Jicote, Cinta | 920 ± 40 a.p. | 1060-1080-1150 | 1030-1180 d.C. | 1020- 1210 d.C. | AMS |
| 214360 | 5 | | | C9 | parte media del conchero (bajo a 16) | Mora Cinta y Mora, Cásares, Birmania, Cabuyal, Sta Marta y Palmira | 890 ± 40 a.p. | 1170 | 1050-1100/1140-1200 d.C. | 1030- 1240 d.C. | Radiometría |
| 214361 | 5 | | | C9 | base del conchero sin cerámica asociada | Mora Niveles 12 y 13 Mora Cinta, Asientillo Huerta-Castillo, Murillo Negra y Roja, Luna El | 970 ± 40 a.p. | 1030 | 1020-1050/1100-1140 d.C. | 1000- 1170 d.C. | AMS |
| 215995 | 8 | 7 | | | cercanías del art. Cerámico 221 (pies ent.) | Menco/ zapatonas, Zayas Z, imitación Murillo, manufactura inexperta, Piches Rojo, Potosí | 940 ± 40 a.p. | 1040 | 1030-1160 d.C. | 1010- 1190 d.C. | AMS |
| 215996 | 19 | 8 | | | cerca de hueso cremado "B" | Murillo e imitación | 1600 ± 40 a.p. | 430 | 410-530 d.C. | 390- 550 d.C. | AMS |
| 215997 | 19 | 9 | | | carbón disperso asociado a recipientes | manufacturas inexpertas e imitación Murillo | 750 ± 40 a.p. | 1270 | 1260-1290 d.C. | 1220- 1300 d.C. | AMS |
| 260557 | 22 | | | RC5 | disperso dentro del fogón | Luna, Santa Marta, Zayas, | 580 ± 50 a.p. | 1400 | 1310-1360/1380-1420 d.C. | 1290- 1430 d.C. | Radiometría |
| 260558 | 24 | | | RC4 | piso de arcilla | | 710 ± 60 a.p.± | 1280 | 1260-1300 d.C. | 1220- 1330/1340-1400 d.C. | AMS |
| 260559 | 31 | 133 | 1 | | medial fémur izquierdo | Zayas Z, Castillo-Murillo, Murillo | 810 ± 40 a.p. | 1230 | 1210-1260 d.C. | 1160- 1280 d.C. | AMS |
| 260560 | 31 | 118 | 1 | | medial fémur izquierdo | | 660 ± 40 a.p. | 1300 | 1280-1310/1360-1390 d.C. | 1270- 1400 d.C. | AMS |
| 260561 | 37 | 147 | 1 | | medial fémur izquierdo | | 760 ± 40 a.p. | 1270 | 1240-1280 d.C. | 1210- 1290 d.C. | AMS |
| 260562 | 41 | 171 | 1 | | medial fémur izquierdo | Zayas Z, Vallejo Mombacho | 1060 ± 40 a.p. | 990 | 970-1020 d.C. | 890- 1030 d.C. | AMS |
| 260563 | 44 | | | Hor | asociada a ceniza sobre hornillas | Mombacho, Palmira, | 940 ± 40 a.p. | 1040-1100-1120 | 1030-1160 d.C. | 1020- 1200 d.C. | AMS |
| 260564 | 45 | 229 | 1 | | asociada a cráneo | Madeira | 850 ± 50 a.p. | 1210 | 1160-1240 d.C. | 1040- 1270 d.C. | Radiometría |
| 260565 | 46 | | | RC1 | tronco carbonizado en el fondo del horno | | 1280 ± 50 a.p. | 690 | 670-780 d.C. | 650- 880 d.C. | Radiometría |

Fuente: Solís y Herrera, 2006, 2009

Las técnicas de pesca en estanques de piedra, los cuales existen en varias pequeñas bahías y playas de la Bahía de Culebra incluyendo una frente al propio sitio Jícara, posiblemente también eran nuevas. Si bien hasta el momento no ha sido posible realizar un fechamiento absoluto de estas trampas, sí han sido asociadas a la Fase Monte del Barco (Gutiérrez, 1993; Solís y Herrera, 2003), lo que temporalmente es congruente con su presencia en la playa frente al valle de Jícara y la ocupación humana que se dio allí. Los trabajos para la manufactura de herramientas y adornos sobre conchas muestran un proceso selectivo de escogencia de determinadas especies para la creación de adornos y herramientas específicas.

Debido a la fortaleza de la concha de los gasterópodos, ejemplares de la familia *Strombidae* (cambutes) fueron empleados para la elaboración de cucharas (Fig. 2.4-2), columelas con desgaste asimétrico (Fig. 2.4-1), raspadores (Fig. 2.4-3), trompetas (Fig. 2.4-4), espátulas sobre labios (Fig. 4 Art. 1089) y pulidores. Se empleó únicamente la columela, de otras especies menos resistentes, para confeccionar instrumentos punzantes que ahora presentan desgastes asimétricos y simétricos en los extremos (Fig. 4. Art. 1083, 1085, 1088) (Solís y Herrera, 2009).

Figura 2
Ejemplo de cadena operativa para obtener instrumentos acabados a partir del cambute *Strombus galeatus*



Fuente: Solís y Herrera, 2006, 2009

La especie de bivalvo, más común, empleada para confeccionar artefactos fue *Pinctada mazatlanica* (ostra perlera), de la cual se emplearon sus valvas como tapas de vasijas, como contenedores de alimentos rituales, valvas con un agujero central de uso no

establecido, valvas fragmentadas con filos cortantes preparados y finalmente cucharas (Solís y Herrera, 2009).

Los fechamientos absolutos disponibles para contextos con artefactos sobre conchas en Jícaro permiten sustentar la idea propuesta anteriormente de que la manufactura de tales objetos inició en la Bahía de Culebra cerca del año 1000 d.C. (Solís y Herrera, 2005, p. 124).

Se localizaron dentro de los concheros cuentas de concha en proceso de confección, así como cuentas formando parte de brazaletes y collares en algunos individuos sepultados. La información actual indica que los pobladores de Jícaro producían cuentas sobre variadas especies de conchas; poseían tecnologías especiales para trabajarlas, logrando manufacturar cuentas tubulares largas y curvas sobre conchas del género *Spondylus*⁴ (Fig. 3). También se aprecia regularidad en las formas y dimensiones de las mismas, todo esto puede ser considerado como soporte en el argumento del trabajo especializado de parte de los pobladores del sitio.

Figura 3
Ejemplos de cuentas curvas elaboradas a partir de la concha de *Spondylus sp*



Fuente: Solís y Herrera, 2009.

Algunos individuos presentan ajuares funerarios que asocian herramientas de concha y piedra sugiriendo, por sus características, que se trata de artesanos especializados en la producción y el uso de estas herramientas (Fig. 4). El lasqueo bifacial en herramientas de piedra lanceoladas parece ser nuevo dentro del contexto de sitios de la Bahía de Culebra

⁴ Cuentas similares en su forma fueron encontradas por Doris Stone (Stone, 1963) en el cementerio Jalaca en la zona Sur del país alrededor de 1960, ella piensa que pudieron llegar allí por medio de intercambio con poblaciones costeras.

para este momento (Solís y Herrera, 2009), tal y como ha sido propuesto por Valerio y Salgado (2000) en Nicaragua.

Los indicios anteriores pueden ser considerados como elementos para sustentar el arraigo de los primeros pobladores a ambientes costeros. Por lo tanto, se infiere que su probable origen y procedencia fue un entorno costero similar, lo que explicaría el conocimiento y desarrollo de tecnologías especializadas en el aprovechamiento de sus recursos.

Figura 4
Herramientas de concha y piedra asociadas al posible artesano del Ent. 79



Fuente: Solís y Herrera, 2009.

Esta situación permite cuestionar si la llegada y el asentamiento en la zona de la Bahía de Culebra y particularmente en el valle de Jícaro, se motivó únicamente en la familiaridad del entorno o porque su conocimiento especializado en el trabajo sobre moluscos y peces tenía una motivación previa intencional para aprovechar estos

recursos e insertarse en las redes regionales de comercio. Se ha documentado que en el Siglo XVI había un comercio de “chaquiras” o cuentas de concha que llegaban hasta las tierras altas del Intermontano Central y el Caribe de la actual Costa Rica (Ibarra, 1990).

Habría que discutir más la idea de si el desplazamiento de los primeros grupos mesoamericanos por América Central fue paulatina y por tierra, tal como se infiere en las crónicas del siglo XVI, o si incluyó también desplazamientos tempranos por mar. Los indicios arqueológicos recuperados en el sitio Jícaro sugieren que cerca del año 1000 d.C. gentes con conocimientos tecnológicos especializados en la producción sobre conchas que practicaban la deformación craneal y la limadura dental se asentaron en la costa conformando una comunidad.

Algunas prácticas culturales semejantes indican que se compartieron creencias similares a lo largo de los tres siglos de ocupación que sustentan los fechamientos absolutos en el sitio de Bahía de Culebra. Esto se reconoce arqueológicamente en los ritos funerarios, en los procesos de trabajo y las costumbres alimenticias, entre otros.

Las imágenes plasmadas en los recipientes cerámicos, expresadas en distintos tipos cerámicos, ostentaron tanto símbolos mesoamericanos como propios del istmo sur de América Central asociados con una tradición más chibchense (Desrayaud, 2001; Herrera y Solís, 2007a) y sugieren que fue posible el establecimiento de relaciones sociales con grupos de diferentes identidades étnicas distribuidos en la región pacífica, tanto de Nicaragua como de Guanacaste. El empleo cotidiano y ritual de esta diversidad de objetos e imágenes podría estar justificado por la participación en redes comerciales regionales que provocaron el consumo recíproco de productos de diversos orígenes.

La producción de un grupo no fue necesariamente consumida en su totalidad por otro, sino solo aquello que le fue particularmente agradable, de acuerdo con su gusto o relevancia (Barth citado en Dietler y Herbich, 1998, p. 242). Lo relevante es lo significativo culturalmente, así es posible distinguir cerámicas que sólo fueron consumidas a nivel funerario, mientras la gama de tipos cerámicos consumidos en las actividades cotidianas fue mucho más diversa (Solís y Herrera, 2006, 2009).

La producción, distribución y consumo que realizaron los pobladores de Jícaro presentan cierta similitud con otras comunidades/sitios de la Bahía de Culebra. Es posible establecer conexiones sociales y, posiblemente, también culturales entre ellos, pues de algún modo tenían procesos de trabajo análogos y complementarios. Las prácticas mortuorias, a partir del 1000 d.C., en la península de Nacascolo (mesetas y valles), así como en el litoral oriental de la Bahía de Culebra muestran patrones similares. Cualquier espacio disponible en las cercanías de concheros, y por ende de unidades habitacionales y áreas de actividad, fue empleado para la inhumación en este lapso. Los muertos se enterraban de forma extendida y mayormente en posición decúbito dorsal. Las fosas parecen haber sido simples concavidades excavadas en la tierra, las cuales se hacían adaptadas para las necesidades del caso, con huecos más pequeños para los infantes y huecos más largos y anchos para los adultos (Solís y Herrera, 2008).

Las fosas funerarias en Jícaro fueron empleadas en más de una ocasión para dar cabida a un nuevo cuerpo. En muchos casos esto provocó la intrusión de cuerpos previamente depositados, lo que llevó a la reinhumación de los huesos afectados, colocándolos en paquetes en los costados del cuerpo o sobre los miembros inferiores del nuevo entierro, patrón descrito previamente para el Período Policromo Medio (Blanco, Guerrero y Salgado, 1988). Los individuos, en otros casos, se colocaron uno junto al otro e incluso unos sobre otros empleando la misma fosa, ocasionando así algunas remociones menores de huesos que fueron dejados allí mismo. De igual forma, los enterramientos de fetos e infantes en vasijas parecen haberse dado de forma articulada (Vázquez y Weaver, 1980).

Jícaro contiene una muestra importante de individuos con limadura dental y deformación craneal (Solís y Herrera, 2006 y 2009) (Fig. 5). Los dientes se modificaron limándolos con una o varias hendiduras, especialmente en el caso de los incisivos y caninos. Según la clasificación de Romero (1974, 1986) los tipos de limadura presentes son A1, A2, C2, C7, F3, y F4, pero los más comunes han sido A1 y F4.

La deformación craneal puede ser leve o muy intensa como la mostrada en la Fig. 5.1. Al observar los cráneos, desde una vista superior, se nota la forma triangular del cráneo con una mayor anchura y depresión sobre los huesos parietales y el occipital. Esta

Figura 5
Ejemplos de: 1- deformación craneal (Ent. 124) y 2- limadura dental (Ent. 133 ind.1)
encontrados en Jícaro



Fuente: Solís y Herrera, 2009.

condición deja ver como un doble lóbulo, propio de la deformación tabular oblicua o paralelo-fronto-occipital (Buikstra y Ubelaker, 1994, Fig.116).

Los casos de las dentaduras similares reportados en la arqueología de Guanacaste son esporádicos y sugieren también una temporalidad posterior al siglo X, a excepción de Nacascolo, donde se reportan al menos tres individuos con limadura dental (Wallace y Accola, 1980; Obando, 1998), y El Conchal (Juan V. Guerrero, comunicación personal). Sin embargo, son prácticas comunes en diversos pueblos mesoamericanos (Romero, 1974, 1986; Romano, 1974).

Cráneos sin la mandíbula ni la maxila se encontraron como ofrendas en ciertos enterramientos (Fig. 6), en Jícaro. Estos cráneos, en algunos casos, parecen haber sido descarnados poco después de la muerte del individuo, lo cual puede representar la toma de cabezas de contrincantes de batalla (cabezas trofeo); sin embargo, también llama la atención la presencia de cráneos que no presentan marcas de desollamiento y que parecen haber sido recuperados o tomados de inhumaciones precedentes.

Las prácticas de modificación del cuerpo en asociación con el consumo de imágenes de tradición mesoamericana sugieren que los pobladores de Jícaro mantenían una afinidad cultural mesoamericana. No obstante, poseían otras prácticas, tales como colocar ofrendas en los enterramientos de valvas de ostra perlera (*Pinctada mazatlanica*) y extremidades de venado cola blanca (*Odocoideus virginianus*), lo cual hasta ahora no

ha podido ser relacionado como práctica común de un grupo mesoamericano en particular, ni siquiera parece ser una práctica observada en el Pacífico de Nicaragua (Haberland, 1992). No obstante, los indicios recuperados en Jícaro sugieren que se asocian a individuos que poseen modificaciones del cuerpo y que por lo tanto podrían ser considerados elementos claves en la manifestación de su identidad cultural. Lo mismo puede decirse de los artefactos y adornos sobre huesos humanos que acompañan el ajuar funerario de ciertos individuos. Tubos confeccionados de fémures, húmeros y radios humanos están claramente cortados y pulidos. Algunos presentan un agujero como para amarrar y colgar.

Figura 6
Ejemplo de “cabeza trofeo” como parte de la ofrendaria del entierro 130.
En el círculo se aprecian claramente marcas de descarnamiento



Fuente: Solís y Herrera, 2009

Una serie de artefactos fueron identificados como “colgantes tipo peineta”, estuvieron acabados, en proceso de manufactura o fracturados e incompletos. Por su presencia en los ajuares funerarios colocados cerca de la cabeza y el pecho de individuos masculinos, así como por los dientes largos que les hacen semejar peines, se piensa que eran una

especie de peineta usada para adornar los cabellos largos de algunos hombres, o como colgantes usados sobre el pecho con dicha forma. Algunos de estos adornos están grabados con diseños geométricos y zoomorfos diversos (Fig. 7). Dos ejemplares en contexto de trabajo y desecho confirman que se manufacturaban en el sitio a partir, presumiblemente, de fémures y húmeros humanos, dada su forma, tamaño, grosor y consistencia (Dr. Norman Sauer, comunicación personal).

Figura 7
Ejemplo de uno de los “colgantes tipo peineta”
confeccionados sobre huesos largos humanos (largo 14 cm.)



Fuente: Solís y Herrera, 2009.

Algunos individuos encontrados en Jícaro tenían brazaletes y collares con cuentas realizadas sobre piezas dentales humanas. Las piezas pudieron ser extraídas postmortem, incluso después de la pérdida del tejido blando (Dr. Daniel Fröhlich, Universidad Autónoma de Yucatán, comunicación personal). Cuatro mandíbulas y una maxila se hallaron en ajuares funerarios y por su ubicación, en relación con los restos óseos, parece que se trata de adornos posiblemente usados como parte de un tocado, como colgante al cuello y como un adorno colocado en el antebrazo. Los artefactos muestran indicios de corte y se confeccionaron agujeros para poder colgarlos (Fig. 8).

Figura 8

La primera imagen es un ejemplo en contexto de cuentas de piezas dentales empleadas como parte de una pulsera. La segunda imagen es una mandíbula con corte por aserrado y marcas de descarnamiento con agujeros para colgar



Fuente: Solís y Herrera, 2009.

Los dientes humanos empleados como cuentas de pulseras también fueron encontrados en algunos individuos de Nacascolo, excavados en los entierros No. 1 en el valle (Wallace y Accola, 1980) y en los No. 31, 68 y 85 en el cementerio de la playa (Hardy, 1992), así como en Papagayo (Baudez, *et al*, 1992), La Cascabel (Ana Cristina Aguilar, comunicación personal) y al menos por un individuo localizado en el Moral de San Blas (Stone, 1977, p. 68). Por el contrario, el empleo de mandíbulas humanas modificadas con agujeros para colgar, no había sido reportado con anterioridad.

La práctica de confeccionar y portar adornos elaborados sobre huesos humanos, por parte de ciertos personajes, se inscribe posiblemente en la costumbre del culto a los ancestros; tal fue el valor de estos objetos para dichos personajes que los mismos fueron enterrados con ellos. Dicha práctica condujo a la recuperación de huesos humanos en entierros de Jícaro. Todos estos elementos, que se han venido exponiendo, se encuentran juntos en algunos de los individuos sepultados en Jícaro, a quienes se ha llamado “guerreros/líderes”. La asociación entre individuos con modificaciones corporales, la presencia de adornos sobre huesos humanos y cabezas trofeos, así como ajuares funerarios numerosos, permite destacar a un grupo de sujetos con un mayor rango y estatus dentro del grupo.

La migración mesoamericana desde la perspectiva de la Bahía de Culebra

Algunos grupos asentados en el territorio de la Gran Nicoya fueron descendientes de migraciones procedentes de Mesoamérica (Fernández de Oviedo, 1976; Torquemada, 1975; Lothrop, 1926; Ibarra, 1990, 1995; Constenla, 1994), específicamente se citan a los chorotegas, nicaraos y subtiabas, de acuerdo con las fuentes escritas por los cronistas de Indias del siglo XVI y XVII. Los chorotegas de lengua mangué serían los primeros en arribar (López de Gomara, 1975), los nicaraos de lengua náhuatl habrían llegado después desplazando a varios grupos como matagalpas y chorotegas. Los últimos en llegar fueron los subtiabas, cuya lengua estaba emparentada con los chorotegas y quienes se habrían asentando al norte de Nicaragua (Constenla, 1994).

Juan de Torquemada (1975) dice que los chorotegas habitaban la sierra del Soconusco y Tehuantepec y de ahí habrían salido huyendo de la tiranía de los olmecas, luego pasaron por Guatemala y Choluteca hasta llegar a establecerse en Nicaragua y en Nicoya. Posterior llegaron los nicaraguas, quienes eran provenientes del Anahuac y habitantes de la *costa de la mar del sur*.

Ha existido un acuerdo en considerar que los primeros en llegar a la Gran Nicoya fueron los chorotegas-mangué (Carmack, 2006). Sin embargo, no está claro que fueron los chorotegas quienes se instalaron en la Bahía de Culebra, o al menos no en Júcaro. Esto por cuanto, los indicadores arqueológicos para distinguir a uno u otro grupo no se han establecido.

Hay referencias etnohistóricas sobre la cosmología chorotega, donde lo femenino ocupaba un lugar especial, pues "las mujeres no sólo ejercían autoridad dentro de las familias, sino que también servían como símbolos importantes en las ceremonias" (Carmack, 2006, p.19), por lo tanto Robert Carmack cita una oportunidad cuando el Cacique Diriangen se encontró con Gil González Dávila acompañado de siete mujeres "casi cubiertas por patenas de oro" (Incer, 1990, p. 81, citado en Carmack, 2006) y de la llamada mujer profetisa quien habitaba el Volcán Masaya y, según el relato del Cacique Nenderi a Fernández de Oviedo, avisaba a los caciques cuándo ir a la guerra y participaba de las decisiones políticas (Esgueva Gómez, 1996, pp. 268-269, citado en Carmack, 2006).

En Jícaro algunos contextos domésticos y funerarios presentan figurillas femeninas en cerámica policroma que parecen estar ricamente ataviadas y usan orejeras. Al mismo tiempo, los análisis osteológicos han permitido documentar que los sujetos que fueron enterrados con orejeras corresponden en todos los casos a mujeres.

Precisamente, uno de los individuos con más elementos suntuarios, entre los que están una nariguera y un brazalete hecho con cuentas de piedra verde, concha, resina, perla y oro, era una mujer con deformación craneal y limadura dental (Fig. 9). Esta mujer, además de su aspecto físico y de los adornos que presenta fue enterrada en una fosa que posee un arreglo especial. Se distingue el uso de ceniza para conformar la base y el acomodo de restos óseos humanos en una disposición circular alrededor de su cuerpo, patrón no observado en el resto de las tumbas excavadas. Esto permite destacarla como una líder dentro del grupo y podría ser usado como argumento para sostener el origen chorotega de la población de Jícaro, de acuerdo con lo que propone Carmack.

Figura 9
Dibujo parcial de planta y ornamentos asociados a la mujer/líder identificada en el entierro 133 de la Op. 31



Fuente: Solís y Herrera, 2009.

Los hallazgos de Jícaro y los reportados por Wolfgang Haberland (1992) para la Isla de Ometepe, a pesar de tener coincidencias van en otra dirección, ya que en el Cementerio de Los Ángeles, el cual ha sido adscrito a la Fase Gato (950-1100 d.C.) y con una fecha absoluta de 980-1070 d.C., Haberland (1992, pp. 90-105) describe la tendencia a colocar los cuerpos en posición extendida, los enterramientos decúbito ventral, el uso de adornos sobre huesos humanos, la deformación craneal y la limadura dental del tipo A-1 en un individuo. Sin embargo, curiosamente fue entre gentes de habla nahua que Fray Francisco de Bobadilla recogió información acerca de la costumbre de deformar la cabeza a los niños en el siglo XVI (Fernández de Oviedo, 1976, p. 349). De ser así, la deformación craneal observada hasta ahora en Los Ángeles y Jícaro debe ser convenientemente analizada, pues podrían ser fundamento de la presencia temprana de población nahua en la región.

Es notable que hasta ahora la condición de deformación craneal no hubiera sido observada antes en la Bahía de Culebra, pese a que hay coincidencias en cuanto a la forma de colocar los cuerpos, el uso de adornos sobre huesos humanos que, aunque escasamente, también se reportan en sitios como Papagayo (Baudez y otros, 1992), Nacascolo (Wallace y Accola, 1980; Hardy, 1992); Vidor (Vázquez y Weaver, 1980) y La Cascabel (CICPASSA, 2008). Quizá, la respuesta está en la presencia de más o menos individuos migrantes originales dentro de una comunidad y de cómo manifiestan de manera distinta los símbolos de la identidad los migrantes nacidos dentro de los nuevos contextos geográficos de residencia.

Los procesos migratorios son importantes, ya que la gente suele manifestar su identidad étnica, aunque no siempre corresponde a lo que se manifiesta en su lugar de origen. Es decir, que la negociación de la identidad étnica se debe entender en el nuevo contexto y en la dinámica cultural imperante (Jons, 1997; Stark y Chance, 2008). Si las coincidencias anteriores respaldan una etnicidad chorotega o en su efecto nahua, incursionando tempranamente en la región y especialmente en zonas costeras, lo cierto es que los estudios realizados no permiten ser concluyentes. No hay duda de que estos grupos sustentan una tradición mesoamericana, cuyo origen se puede situar en la costa. Las prácticas culturales documentadas pueden servir en la definición de indicadores arqueológicos para reconocer a los migrantes que habrían arribado al Pacífico de Nicaragua y de Guanacaste hace mil años. Pero, no descartan que los procesos de

inserción dieran como resultado comunidades con un mayor o menor apego a expresar ciertas costumbres del lugar de origen. Como consecuencia, las comunidades podrían manifestar de maneras distintas sus prácticas culturales de origen, debido a las necesidades de asumir específicamente ciertos procesos para producir productos especiales e integrarse convenientemente a las redes sociales locales.

Los resultados de investigación logrados hasta la fecha en la Bahía de Culebra, desde la perspectiva de Jícaro, permiten formular de manera preliminar un modelo de migración e inserción de grupos mesoamericanos que deberá confirmarse o desecharse a la luz de nuevos datos e interpretaciones.

Propuesta

El desplazamiento de poblaciones de origen mesoamericano hacia el Pacífico de América Central se inscribe en una lógica, cuyos antecedentes son las redes de comercio antiguas que se formaron en la región (Salgado, 1996). Por lo tanto, el punto inicial clave -para comprender por qué y cómo ocurrieron las migraciones hacia Centroamérica- es el comercio que se había iniciado desde el Período Tempisque, siendo apreciable en el viaje de materias primas como jadeíta, obsidiana y cerámicas procedentes de lo que hoy es El Salvador (Juan V. Guerrero, comunicación personal; Salgado y Vázquez, 2006; Solís y Herrera, 2008).

El comercio propició un contacto físico que incluyó posiblemente la visita de ciertos personajes que fueron especialmente llamativos por su aspecto para las poblaciones locales y que podría verse reflejado en la representación de individuos con limadura dental en el Tipo Carrillo Policromo (Snarskis, 1983).

La continuidad en los contactos sugiere que se mantuvieron algunos vínculos permanentes con ciertas regiones posiblemente de la costa pacífica. Los vínculos permitieron conocerse más y demostrarse mutuamente conocimientos expertos a través de objetos específicos y quizá hasta demostraciones (promoción del conocimiento) y, en un momento específico las condiciones sociales o políticas de la región permitieron un mayor acercamiento y la necesidad de estrechar los vínculos. Tal sería el caso de guerras,

hambrunas, escasez alimenticia y otros que permitieron establecer alianzas. Sin excluir por supuesto, motivaciones religiosas y/o políticas (profecías, mitos).

Siglos de comercio interregional, vínculos y alianzas brindaron un conocimiento del territorio y sus recursos a diferentes grupos, esto facilitó crear estrategias de movilización, ocupación y control por parte de grupos que habrían tenido la necesidad política o económica de desplazarse en busca de nuevos territorios.

Las redes de comercio, con probabilidad, también propiciaron redes sociales, así como las alianzas matrimoniales, posiblemente, entre élites a lo largo del territorio afianzó los nexos entre grupos étnicos distintos y propició la movilización de familiares al tiempo que fortaleció aún más el comercio de bienes.

Un individuo con herramientas de conchas y otro con limadura dental (Obando, 1998) fueron enterrados en el cementerio de la playa de Nacascolo en posición flexionada y adscritos al Policromo Antiguo. Un fechamiento absoluto de C14 obtenido en el entierro 31, cuyo ajuar funerario contiene herramientas de conchas, como las descritas en Jícaro, y corresponden al lapso 550-960 d.C. (Hardy, 1992, p. 176). Esta situación se podría interpretar hoy como si tales individuos conocían y practicaban costumbres distintas en relación con el resto de la población, pero fueron sepultados bajo un ritual funerario local de presunta filiación chibchense. Esto significa que la población, la cual los acogió seguía practicando rituales funerarios propios del Período Bagaces.

Se cree que los indicios en Nacascolo permiten sostener la idea de que a lo largo de siglos precedentes se dio el fenómeno de migración esporádica de bajo flujo, o sea que pocos individuos viajaron con escoltas o familiares de los participantes en el comercio/intercambio y en las alianzas matrimoniales, todo esto en presencia de las comunidades locales.

El proceso paulatino de intercambio generó mayor apertura y estrechó relaciones entre grupos de toda América Central, mediante la ampliación de las redes comerciales y sociales que se expresaban en el consumo de estilos e imágenes novedosos en la producción en el territorio del Pacífico nicaragüense y de Guanacaste, incluso un poco más allá como lo demuestra el hallazgo de cerámicas policromadas en toda la Región

Arqueológica Central de Costa Rica. Dadas las condiciones preexistentes -relatadas antes- en determinado momento cerca del año circa 1000 d.C. ocurrió un movimiento migratorio más fluido que permitió en poco tiempo tener comunidades enteras instaladas en puntos geográficos y en lugares específicos, recibiendo nuevos migrantes a lo largo del tiempo, este sería el caso de Jícaro dentro de la Bahía de Culebra. La inserción pudo facilitarse debido a que producían artículos de manufactura especializada sin precedentes. Es probable que hubieran ocurrido enfrentamientos bélicos, confrontaciones e incluso desplazamiento de los locales o asimilación de los mismos, pero también es posible que se hayan formado poblaciones étnicamente homogéneas y otras mixtas o híbridas.

La Bahía de Culebra es un buen laboratorio para entender la dinámica que se generó con el arribo e inserción de estos primeros grupos migrantes, pero para esto es necesario profundizar en la comparación y en el análisis de los indicios arqueológicos actuales y los que se recuperen en el futuro.

Las cabezas sin deformación craneal y con marcas de descarnamiento que conforman parte del ajuar funerario de algunos individuos, catalogados hasta ahora como posibles guerreros/líderes en Jícaro, pueden ser un buen ejemplo de batallas de guerra en el contexto de la inserción de los grupos inmigrantes en la Bahía de Culebra (Solís y Herrera, 2008, 2009).

La migración mesoamericana, entendida como el permanente o semipermanente cambio de residencia de una persona o grupo (Lee, 1966, p. 48), hacia la Bahía de Culebra pudo haberse motivado por razones económicas, es decir en la oportunidad de aprovechar los recursos locales con miras al abastecimiento de artículos de valor de cambio y de uso en la región. Esta consideración introduce un nuevo elemento, que en parte contradice o complementa la versión de que la motivación para la migración habría sido política, dada la necesidad de huir de los opresores (Torquemada, 1975). Más bien los primeros viajeros, documentados en el cementerio de la playa de Nacascolo y el hallazgo de cerámica de alabastro y Tohil reportadas por huaqueros en el mismo sitio (Stone, 1977), sugieren que la motivación pudo ser principalmente económica, pues se nota una intención de establecer lazos sociales con anticipación,

además de dirigirse a entornos geográficos donde su conocimiento tecnológico les permitiera aprovechar los recursos locales.

La perspectiva brindada por los sitios en la Bahía de Culebra y en Ometepe acerca de la migración consiste en que desde allí es posible corroborar la propuesta de Eduard Lee de que con el tiempo, el flujo y el volumen de los migrantes aumenta si se incrementa la diversidad de los lugares de llegada, la diversidad de la gente y la disminución de los obstáculos (Lee, 1966).

El siguiente diagrama pretende esquematizar el modelo de migración mesoamericana desde la perspectiva de la Bahía de Culebra:



Conclusiones

Los indicios arqueológicos encontrados en el valle de Jícaro sugieren que un grupo de población inmigrante se instaló cerca del año 1000 d.C. en un espacio geomorfológico que no había sido ocupado anteriormente por las gentes que poblaban la Bahía de Culebra, mostrando entre otras características las prácticas de modificación corporal que en el siglo XVI eran cultivadas en parte por gente de Nicaragua identificadas como nicaraos (Fernández de Oviedo, 1976). No obstante, los investigadores han creído,

basándose en las crónicas españolas, que los primeros en llegar a la región fueron los chorotegas para los que no se describe esta condición.

La gente que pobló el valle costero de Jícaro, durante más de tres siglos, manifestó gran familiaridad con el ambiente costero de la Bahía de Culebra y hasta llegaron a poseer un conocimiento especializado en el aprovechamiento de todos los recursos, tanto para fines alimenticios como en la producción de herramientas y adornos sobre conchas.

El trabajo enfocado en el aprovechamiento de recursos locales fue una estrategia seguida por todos los pobladores de la Bahía de Culebra, en general las prácticas y creencias afines produjeron una coincidencia en algunos de los procesos de trabajo y estilos de vida visibles en los contextos y en los materiales arqueológicos sincrónicos. Coincidencia, en parte, porque se trabajó sobre el mismo entorno u objetos de trabajo, pero indudablemente también tiene relación con cierta afinidad cultural entre los grupos que habitaron esta zona.

La lógica que se siguió fue crear productos específicos que sirvieran para el consumo interno, pero también para el consumo externo, logrando de esa manera una producción especial que debió ser de interés para las poblaciones de tierra adentro. Sitios como Panamá Salinas, Palmares-Salinas e Iguanita-Salinas producían sal, mientras que Jícaro evidentemente producía herramientas y adornos sobre conchas, particularmente las cuentas sobre *Spondylus* que posiblemente tuvieron un valor de cambio, como se sugiere en las fuentes del siglo XVII y XVIII (Manuel Chacón, comunicación personal). Otros productos de interés para el comercio fueron sin duda las perlas, el tinte de múrce, los peces y moluscos secos, recursos a los cuales tenían acceso todas las comunidades asentadas en los alrededores de la bahía.

Las comunidades en la Bahía de Culebra compartieron procesos de trabajo análogos y también particulares que sustentaron una especialización productiva entre ellas y que aseguraron la adquisición de materias primas y objetos acabados procedentes de fuera de la Bahía de Culebra, tales como los metates y manos de moler hechos sobre lavas volcánicas, así como cerámicas policromas procedentes del Valle del Tempisque y Rivas, además, de obsidiana procedente de los territorios actuales de El Salvador y Guatemala.

La adquisición de los objetos no debe verse solo como un asunto comercial, sino como una posible mediación entre las relaciones sociales, como alianzas respaldadas por matrimonios o acuerdos políticos. Lo que habría sido básico en la conformación de comunidades híbridas.

Las marcas de descarnamiento en individuos, quienes no tenían indicios de deformación craneal, parecen aludir a la posibilidad de que se tratara de víctimas de enfrentamientos bélicos, quizá con poblaciones nativas. Situación que dejaría entrever conflictos como parte del proceso de inserción de estos inmigrantes en la región.

El estudio de las prácticas mortuorias en Jícaro y en otros sitios de la Bahía Culebra (dada la buena conservación ósea) es parte fundamental para poder comprender los procesos de inserción de las poblaciones migrantes en la costa pacífica de Costa Rica y de Nicaragua. Los análisis de ADN son ahora, más que nunca, imprescindibles para poder entender mejor estos procesos. La evidencia obtenida en las investigaciones de los últimos años en la Bahía de Culebra y ahora especialmente en Jícaro muestran indicios directos de la presencia de migrantes mesoamericanos en el sector sur de la Gran Nicoya.

Los hallazgos en Nacascolo sugieren que los primeros migrantes fueron visitantes, quienes probablemente se fueron insertando en la sociedad local a través de sus viajes de intercambio/comercio, siglos antes de que se diera una migración mayor, la cual se vio favorecida mediante la ampliación de las redes comerciales y sociales que se expresaron en el consumo de estilos e imágenes novedosos en la producción, permitiendo mayor apertura y estrechando más las relaciones entre los grupos. Una vez eliminadas las barreras, ocurrió un movimiento migratorio más fluido que permitió el establecimiento de comunidades enteras instaladas en puntos geográficos y lugares específicos, recibiendo nuevos migrantes a lo largo del tiempo, este sería el caso de Jícaro y otros asentamientos costeros dentro de la Bahía de Culebra y el noroeste de Costa Rica.

Reconocimientos

El presente trabajo forma parte integral de la política de gestión arqueológica de la empresa Ecodesarrollo Papagayo S.A.; compañía a la cual damos un agradecimiento por

su confianza en nosotros para dirigir los trabajos. Un reconocimiento también a todos los arqueólogos y otros profesionales que han colaborado durante los trabajos de campo y de laboratorio. Gracias también a todos los asistentes y trabajadores de campo por su esfuerzo y honradez.

Bibliografía

Baudez, C. y otros. (1992). *Papagayo. Un hameau precolombien du Costa Rica*. París: Centre d' Etudes Mexicaines et Centramericaines. Editions Recherche sur les Civilisations.

Blanco, A.; Guerrero, J.; Salgado, S. (1988). "Patrones funerarios del Policromo Medio en el Sector Sur de Gran Nicoya". *Vínculos*, 12 (1-2), 135-157.

Bonilla, M.; Calvo, L. (1990). *G-227 Salinas: un sitio de extracción de sal marina en Guanacaste*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. Universidad de Costa Rica.

Buikstra, J.; Ubelaker, D. (1994). "Standards for data collection from human skeletal remains". *Archaeological Survey Research Series*, 44.

Carmack, R. (2006). "Historia prehispánica de los chorotegas en Nicaragua. Una síntesis antropológica". *Revista de Historia, Managua Nicaragua*, 14, 11-23.

CICPASSA. (2008). *Investigación Arqueológica Sitio La Cascabel (G-512LC). Informe de Campo*. Manuscrito. Comisión Arqueológica Nacional y Ecodesarrollo Papagayo S.A.

Constenla, A. (1994). "Las lenguas de la Gran Nicoya". *Vínculos*, 18-19 (1-2), 191-208.

Desrayaud, G. (2001). "Cerámica monocroma esgrafiada/incisa de la Gran Nicoya (Siglos I-XVI d.C.)". *Journal de la Société des Américanistes*, 87, 39-88.

Dietler, M.; Herbich, I. (1998). Habitus, techniques, style: an integrated approach to the social understanding of material culture and boundaries". En M. T. Stark (Ed.). *The Archaeology of Social Boundaries*. (pp. 232-263). EE.UU.: Smithsonian Institution Press.

Fernández de Oviedo, G. (1976). "Nicaragua en los Cronistas de Indias". *Serie Cronistas*, 3. Managua: Fondo de Promoción Cultural-Banco de América.

Guerrero, J. (2007). *Costumbres mortuorias y rituales funerarios de 2000 años: sitio Loma Corral (G-776 LM-3)*. Manuscrito. Museo Nacional de Costa Rica.

Gutiérrez, M. (1993). *El Aprovechamiento de la fauna en el sitio Arqueológico Nacascolo, Bahía Culebra, Guanacaste*. Práctica dirigida para optar al grado de Licenciada en Antropología con énfasis en Arqueología. Universidad de Costa Rica.

Haberland, W. (1992). "The Culture History of Ometepe Island: Preliminary Sketch (Survey and Excavations, 1962-1963)". *The Archaeology of Pacific Nicaragua*. (pp.63-117). Albuquerque: University of New Mexico Press.

Hardy, E. (1992). *The Mortuary Behavior of Guanacaste/Nicoya: An Analysis of Precolumbian Social Structure*. Tesis de Doctorado. University of California Los Angeles.

Herrera, A. (2005). "Reconstrucción del procedimiento precolombino para obtener moluscos de sus conchas". *Vínculos*, 27(1-2), 35-62.

Herrera, A.; Solís, F. (2007a). "Cerámica ahumada en Guanacaste: Murillo Aplicado, un tipo de producción costera". *Vínculos*, 30 (1-2), 83-106.

Herrera, A.; Solís, F. (2007b). *El gusto por comer moluscos: preferencias y orígenes precolombinos en la Bahía de Culebra, Costa Rica*. Ponencia presentada al Congreso Chacmool, Calgary, Canadá.

Herrera, A.; Solís, F. (2008a). "Proceso de trabajo lítico en el sitio Manzanillo durante la fase Orso de la Bahía de Culebra". *Cuadernos de Antropología*, (17-18).

Herrera, A.; Solís, F. (2008b). *Prehispanic Livelihoods at Bahía de Culebra in Northwestern Costa Rica: Acquisition and Use of Marine and Coastal Resources*. Manuscrito.

Ibarra, E. (1990). *Las sociedades cacicales de Costa Rica (siglo XVI)*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Ibarra, E. (1995). *Historia de Nicaragua y Costa Rica durante la conquista española: una perspectiva desde la dinámica interétnica (800 d.C.- 1544 d.C.)*. Tesis de Maestría en Historia. Universidad de Costa Rica.

- Jons, S. (1997). *The Archaeology of the Ethnicity. Constructing identities in the past and present*. London: Routledge.
- Kerbis, J. (1980). "The analysis of faunal remains from the Vidor site". *Vínculos*, 6 (1-2), 125-140.
- Lange, F.; Stone, D. (Eds.). (1984). "The Greater Nicoya Archaeological Subarea". *The Archaeology of the Lower Central America*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Lange, F.; Accola, R.; Ryder, P. (1980). "La administración de los recursos culturales en Bahía Culebra: un informe sobre la prospección realizada dentro de la zona de impacto del desarrollo turístico Bahía Culebra". *Vínculos*, 6 (1-2), 9-32.
- Lee, E. (1966). "A Theory of migration". *Demography*, 3 (1), 47-57.
- López de Gomara, F. (1975). "Historia General de las Indias". *Nicaragua en los Cronistas de Indias. Series Cronistas*, 1. (pp. 109-125). Nicaragua: Fondo de Promoción Cultural Banco de América.
- Lothrop, S. (1926). *Pottery of Costa Rica and Nicaragua, I y II*. New York: Museum of the American Indian Heye Foundation.
- McCafferty, G.; Steinbrenner, L.; Fernández, D. (2006). "Reencuentro con Santa Isabel: Observaciones preliminares sobre un sitio del Período Sapoá en el Suroeste de Nicaragua". *Vínculos*, 29 (1-2), 17-32.
- Obando, P. (1998). *Childhood stress and bone maintenance prehistoric northwestern Costa Rica: an analysis of two coastal populations, Nacascolo and Vidor*. Tesis de Doctorado. University of Colorado
- Romano, A. (1974). "Deformación cefálica intencional". *Antropología Física. Época Precolombina*. (pp. 196-227). México: Instituto Nacional de Antropología.
- Romero, J. (1974). "La mutilación dentaria". *Antropología Física. Época precolombina*. (pp. 229-250). México: Instituto Nacional de Antropología.

Romero, J. (1986). "Nuevos datos sobre mutilación dentaria en Mesoamérica". *Anales de Antropología*. (pp. 349-365). México: UNAM.

Salgado, S. (1996). Social change in a Region of Granada Pacific Nicaragua 1000 b.C.-1522 A.D. Tesis de doctorado. University of Albany.

Salgado, S.; Vázquez, R. (2006). "¿Was there a Greater Nicoya Subarea during the Postclassic?". *Vínculos*, 29 (1-2), 1-16.

Snarskis, M. (1983). *La Cerámica Precolombina en Costa Rica*. San José, C. R: Instituto Nacional de Seguros.

Solís, F. (1998). "Nuevos datos en la arqueología de Bahía Culebra, Guanacaste, noroeste de Costa Rica". *Vínculos*, 22 (1-2), 1-44.

Solís, F.; Herrera, A. (2003). *Exploración de los estanques precolombinos en Playa Manzanillo*. Manuscrito. Comisión Arqueológica Nacional y Ecodesarrollo Papagayo S.A.

Solís, F.; Herrera, A. (2005). *Procesos de trabajo y áreas de actividad en el sitio Manzanillo (G-430Mz)*. Manuscrito. Comisión Arqueológica Nacional y Ecodesarrollo Papagayo S.A.

Solís, F.; Herrera, A. (2006). *Jícaro: una comunidad de pescadores y artesanos (Exploración arqueológica del valle frente a Playa Jícaro)*. Informe final de investigación. Manuscrito. Comisión Arqueológica Nacional y Ecodesarrollo Papagayo S.A.

Solís, F.; Herrera, A. (2008). *Informe principal de campo. Temporadas II (2006-2007) y III (2007-2008)*. Proyecto Arqueológico Jícaro. Manuscrito. Comisión Arqueológica Nacional y Ecodesarrollo Papagayo S.A.

Solís, F.; Herrera, A. (2009). *Informe de Laboratorio. Temporadas II (2006-2007) y III (2007-2008)*. Proyecto Arqueológico Jícaro. Manuscrito. Comisión Arqueológica Nacional y Ecodesarrollo Papagayo S.A.

Stark, B.; Chance, J. (2008). "Diachronic and Multidisciplinary Perspectives on Mesoamerican Ethnicity". *Ethnic Identity in Nahua Mesoamerica. The View from*

Archaeology, Art History, Ethnohistory, and Contemporary Ethnography. (pp. 1-37). Salt Lake City: The University of Utah Press.

Stone, D. (1963). "Cult traits in Southeastern Costa Rica and their significance". *American Antiquity*, 28 (3), 339-359.

Stone, D. (1977). *Pre-Columbian Man in Costa Rica*. Massachusetts: A Peabody Museum Press Book.

Stone, D. (1985). "Precolumbian trade in Costa Rica". Katz, L., (Ed.) *Art of Costa Rica Precolumbian painted and sculpted ceramics from the Arthur M. Sackler Collections*. (pp. 15-37). Washington, D.C.: Arthur Sackler Foundation, AMS Foundation for the Arts, Sciences and Humanities.

Torquemada, J. (1975). "Monarquía Indiana". *Nicaragua en los Cronistas de Indias. Serie Cronistas*, 2. (pp. 91-126). Managua: Fondo de Promoción Cultural del Banco de América.

Valerio, W.; Salgado, S. (2000). "Análisis de las industrias líticas del sitio Ayala, Región de Granada, Pacífico de Nicaragua (300-1550 d.C.)". *Vínculos*, 25 (1-2), 77-95.

Vázquez, R. (1986). "Excavaciones de muestreo en el Sitio Nacascolo: Un paso adelante dentro del Proyecto Arqueológico Bahía Culebra". *Journal of the Steward Anthropological Society. Prehistoric Settlement Patterns in Costa Rica*, 14 (1-2), 67-92.

Vázquez, R.; Weaver, D. (1980). "Un análisis para el reconocimiento de las condiciones de vida en sitio Vidor". *Vínculos*, 6 (1-2), 97-106.

Vázquez, R. y otros. (1994). "Hacia futuras investigaciones en Gran Nicoya". *Vínculos*, 18-19 (1-2), 245-278.

Wallace, H.; Accola, R. (1980). "Investigaciones arqueológicas preliminares de Nacascolo, Bahía Culebra, Costa Rica". *Vínculos*, 6 (1-2), 51-65.